



## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR RECTOR DE LA UNIVERSIDAD, DR. JULIO DEHEZA  
EN LA SOLEMNE COLACIÓN DE GRADOS DE 8 DE DICIEMBRE DE 1916

---

Jóvenes graduados: Aquí me encontráis, con la misma complacencia que he tenido siempre con los que os han antecedido, de pie, para haceros entrega del diploma a que tenéis derecho por la terminación de vuestra carrera universitaria.

Es él como una página grata de vuestar existencia, tras de cuyos caracteres impresos puede leerse toda una sucesión de sacrificios, de vigiliass dedicadas al estudio, atemperadas, eso sí, por las esperanzas, las expansiones y las alegrías propias de la juventud: abigarrado conjunto que forma la vida típica del estudiante y que al declinar de los años evocamos como una visión amable y luminosa.

Significa también este título, el mágico talismán que os permite ver un cielo de amplios horizontes, donde se columbran los resplandores del triunfo de todos esos anhelos y todas esas aspiraciones que la naturaleza misma hace germinar en vuestros corazones y en vuestros cerebros.

Os va a tocar desenvolveros, sin embargo, en un momento de zozobra universal, en un momento de anhelosa expectativa por los resultados espirituales y materiales que va a acarrear, a no dudar, la conmoción más formidable que haya agitado los pueblos y las razas, durante la historia de la Humanidad.

Es menester, pues, estar preparados y alertas. No penséis

que el hecho de desenvolveros pacíficamente, en un país libre de luchas exteriores, os eximirá de tratar de cerca, de sentir y de palpar los problemas que ha de engendrar el cataclismo. No; la red de intereses materiales e intelectuales que antiguas relaciones han tenido entre nuestra florciente América y el Viejo Mundo de tal manera nos acercan, nos estrechan y unos unen, que todos aquellos lejanos sacudimientos tienen necesaria y natural repercusión en nuestro organismo comercial y en los centros especulativos de nuestra intelectualidad.

Pero no es tan sólo la influencia externa a que ha de solicitar vuestras preocupaciones y las de todos los que estén capacitados para intervenir en la solución de los problemas surgidos y de los que han de plantearse en no lejano día, sino nuestra propia situación interna que atraviesa por delicados momentos de evolución. Parece que un espíritu de transformación trabaja asiduamente en el fondo de todas las cosas, como un obrero misterioso y pertinaz que cavara en los cimientos sobre que se han construído hasta ahora las concepciones de la civilización o que se quisiera reformar la línea de los monumentos que durante siglos han sido testigos de ella.

Es así cómo en la política interna, en los principios de la ciencia jurídica, en los conceptos del derecho internacional, nuevas orientaciones y nuevas teorías tratan de surgir a la luz, para envolver en tonalidades nuevas las ideas, tanto tiempo sustentadas, sobre lo lícito y lo justo.

Hay que organizarse y disciplinarse, entonces, para la próxima lucha espiritual. El elemento intelectual es el llamado a resolver las cuestiones que más se avecinan cada día y a servir de punto culminante en la perturbación general.

El pensamiento podrá, momentáneamente, sentirse acallado en el tumulto que la inconsciencia humana provoca, desgraciadamente, con periodicidad en la historia; pero él, de los restos mismos de la catástrofe, ha de labrar el arca salvadora de la regeneración. La reconstrucción es y ha de ser obra enteramente suya;

por eso, apenas comiencen a desvanecerse las espesas nieblas engendradas por el huracán que asola la tierra, todas las miradas han de dirigirse a él en demanda suplicante de orientación y de apoyo. El poder de la fuerza es transitorio.

¿De qué manera, me diréis, ha de ejercitarse la acción de todos los que han cultivado su entendimiento al amparo de sólidos principios, que los habilitan para intervenir en mayor o menor medida, en la contienda que por igual a todos preocupa? Os lo diré: ante todo, es menester reaccionar contra esa costumbre, cómoda por cierto, de desentenderse del conocimiento de los problemas que alejan el orden general para dejar librada su solución a los organismos oficiales.

El hombre es centro vivo de relaciones jurídicas y sociales; su acción, por pequeña que sea, se dilata y se agranda, como el círculo que describe el agua, por influencia del medio mismo en que vive y de la solidaridad de intereses. Por ende, la acción dirigida a la colectividad, repercute sobre el individuo. La desidia o el egoísmo, pues, no caben en la condición humana, esencialmente comunicativa y sociable. La juventud, menos que nadie, no debe encerrarse en su propia caparazón o aislarse del organismo general, ya que la misma amplitud de sus sentimientos y la generosidad de sus ideales la solicitan para difundirse y para poner su actividad al servicio del bien común.

Ello, por otra parte, en circunstancias difíciles, en momentos de evolución, importa un deber y constituye mayor responsabilidad. La obligación de contribuir con el acopio de conocimientos para encauzar las corrientes de ideas por las vías más lógicas y más aceptables toma cuerpo y se hace doblemente imperiosa.

Las transformaciones que no hacen tabla rasa de la moralidad tradicional de un pueblo; las que tienden a llenar necesidades evidentes de la nueva modalidad presente; las que se informan en un espíritu de bien para la comunidad, lejos de espantarnos, han de ser motivo de nuestra más completa aceptación.

Ahí está, pues, el secreto de vuestra contribución al triunfo

de tal o cual doctrina, a la adopción de tal o cual forma de pensar y de obrar. El buen criterio, que desempeña el papel de regulador en ese motor poderoso de la inteligencia, ha de influir, sin duda, en el juicio que resuelva sobre la bondad de las teorías aceptables y la maldad de los principios perniciosos.

El problema económico también ha de ocupar vuestra atención, desde que se presenta con caracteres definidos en la situación presente.

No olvidéis que los acontecimientos humanos son fruto de doctrinas tenazmente difundidas, que se han ido infiltrando en el espíritu de los hombres. Si fuera a citaros los grandes sucesos de la historia, que vosotros, por otra parte, conocéis, obtendría la más cumplida demostración de ese aserto; pero la índole de este acto no me permite extenderme en tales disertaciones.

Los pensadores, escritores y filósofos, preparan el terreno a los hechos. Las doctrinas dan sus frutos seguros y así como inducen a la matanza, a la rebelión, a la guerra, a la catástrofe, así también llevan a los pueblos al orden, al bienestar, a la paz.

No es, pues, ilusionismo pretender que todos y cada uno, tenemos el deber de aventar la buena simiente, de clamar constantemente por el advenimiento de una era favorable, al desarrollo de una moral en el sentido cristiano; de una justicia serena y elevada y de un derecho fuerte y respetado.

Que cada uno difunda esas teorías, que trate de encararlas en el sentir de todos los ciudadanos, propagándolas con sinceridad y con fe y al final de la jornada veremos, en un tiempo más o menos remoto, que ellas han de condensarse en el ambiente público para caer, como lluvia benéfica, en forma de tranquilidad, de paz, de trabajo noble y productivo y de respeto mutuo sobre la faz alborozada de la Tierra.

Seamos, a pesar de todo, optimistas y confiemos en la alta Providencia que preside el Universo. Aprovechemos las lecciones del dolor para las horas del placer; no seamos eternamente inexpertos. Después que la anhelada oliva de la Paz haya florecido

sobre el campo donde millones de nuestros hermanos se despedazan, cuando la normalidad vuelva a infundirle vigor a nuestros entusiasmos, seamos reflexivos y prudentes, y en vez de lanzarnos a grandes aventuras, luchemos por el bien: trabajemos por la estabilidad de los derechos sagrados, por el progreso de la Patria y por el afianzamiento definitivo del precepto civilizador: "Amaos los unos a los otros".

---